



*“Hace falta tener un caos dentro de sí
para poder dar a luz una estrella bailadora”.*

F. NIETZSCHE
Así hablaba Zaratustra

Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana

Primera Parte



Estamos solos aquí, en este círculo que inventamos con nuestros cuerpos, mirándonos entre nosotros y ya casi ni podemos abrir la boca. Pero estamos. Tal vez esto sea lo mejor que hicimos. Cuando nadie está, cuando nadie quiere jugarle una ficha al porvenir, nosotros somos testarudos y estamos. Dirán que por poco tiempo. Tienen razón. Dirán que inútilmente. También tienen razón. Pero estamos. ¡Y es tan difícil estar en estos días en que todo el mundo desaparece detrás de la muerte! O detrás de la vergüenza, que es lo mismo.

Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS

—**E**l Sputnik, el Sputnik! —gritaba Rogelio R como un loco, señalando un punto que según él se movía en el cielo de la noche llena de estrellas.

—¿Dónde, dónde? —preguntábamos más por seguirle la corriente a Rogelio R que porque estuviéramos convencidos de que algo se moviera arriba.

—¡Allá, vean, al lado de aquel quásar, entre el asteroide y la supernova! —insistía. Además de pesado era medio mentiroso porque quásares en esa época del año no se veían y asteroides jamás se distinguieron. La supernova sí era clarita pero también como para no verla, grandota, luminosa, prepotente. Lo que seguíamos sin ver era el Sputnik. Se lo dijimos.

—Ese no es el Sputnik.

—Entonces es el Voyager —reculaba Rogelio R con astucia. Claro, si ahora nosotros decíamos que lo veíamos, él nos saldría con que desde allí no se veían las letras y que si era el Voyager bien podía ser el Sputnik y nos quedaríamos sin respuesta. Pero no caímos en la trampa.

—Tampoco —le dijimos con toda la frialdad de la que éramos capaces.

—¡Es la Apolo. Seguro que es la Apolo! —Rogelio R a veces es fatigoso.

—¿Cuál de todas? —le preguntábamos. Eso lo hacía dudar siempre.

—Y... no sé... la 10. O la 9. ¡Esa, esa! Debe ser la 9.

—¿A esta hora? Vamos Rogelio R. Bueno, chicos, yo me voy a casa, ¿vienen? La Apolo 9... cómo no, sí claro. Y ahora resulta que somos tontos.

Y nos íbamos cada uno por su lado, dejándolo solo a Rogelio R, mirando al cielo, sin poder mostrarnos nunca las pruebas de los viejos satélites que decía ver. Al final pasaba siempre lo mismo. Me llamaba a casa para justificarse.

—Te juro que se movía, allí, al lado de la supernova.

—Era una estrella, Rogelio R. Una estrella común y corriente. Y no se movía.

—Bueno, tal vez vi mal.

—Seguramente, Rogelio R.

—En fin, será hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y me iba a dormir, sabiendo que hacía tiempo que los viejos satélites habían sido capturados por las fuerzas gravitatorias de los cuerpos celestes cada vez más numerosos y que hacía rato que habían sido destruidos por las respectivas atmósferas. Pensando en estas cosas tranquilizadoras me quedaba dormido.

En realidad, el primero en descubrir esta especie de manía de Rogelio R por los satélites en desuso fue el propio Rogelio R. Un día, en el fondo de casa, me agarró del brazo, me miró fijo y me dijo:

—¿Sabés qué me está pasando?

—No —le contesté.

—Estoy pensando a cada rato en la chatarra.

Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS

El problema con Rogelio R no tenía que ver con los satélites sino con que nos cortaba un juego que antes nos divertía. Adivinar si un punto que caía en el cielo era una estrella en descomposición que emitía parte de su componente gaseoso al espacio, los restos de un cometa o alguna antigua chatarra mecánica no es cosa fácil. Pero desde que Rogelio R empezó a nombrar con los viejos nombres de satélites a cuanto punto se movía allá arriba, el juego se había ido desvirtuando y ya no nos gustaba.

Por esa época las galaxias más lejanas habían virado decididamente al azul, lo que nos daba la pauta de lo rápido que se estaba comprimiendo el Universo. A este paso no iba a pasar mucho tiempo antes que toda la materia estuviera encerrada en un punto fantásticamente denso, igual que al Principio. Nosotros no éramos ningunos idiotas. Sabíamos que eso significaba que la Tierra había desaparecido muchos millones de años antes.

Pero no teníamos miedo. Incluso, el viraje al azul de esas galaxias nos había servido para muchos juegos. La cosa era adivinar cuál estaba más intensamente azul ese día. El que ganaba se llevaba una porción extra de torta. Marcelo M era un genio en esto. Casi todos los días comía gratis. No habían pasado treinta segundos

desde que habíamos empezado a jugar y ya se oía el grito de Marcelo M.

—¡Allá, a la derecha, aquella en espiral. Está mucho más azul que ayer!

Y era cierto. Teníamos que resignarnos y prepararle entre todos la porción que se había ganado.

Así pasábamos los días. Jugando con las cosas del cielo, comiendo, estudiando. Bah, haciendo las cosas que hacían todos los chicos de nuestra edad. Y sin embargo todos teníamos como un aire de tristeza. Había algo que no nos dejaba ser del todo felices. Podíamos no tener miedo de que la Tierra se estuviera apagando pero eso no nos quitaba la nostalgia de las horas que no tendríamos. Allí estaban las estrellas para jugar, nuestros padres que nos querían, amigos para pasar el rato, buena comida, pero hacía tiempo que habíamos dejado de hablar en futuro. Nunca decíamos “cuando sea grande”. Y ahora que lo pienso, tal vez por eso Rogelio R empezó con ese asunto de los satélites. Puedo estar equivocado pero en una de esas Rogelio R quería ver en los trastos del pasado una posibilidad de mañana.

No sé, yo digo.

Y digo que, por esos días, estos eran nuestros sueños.

ÉL

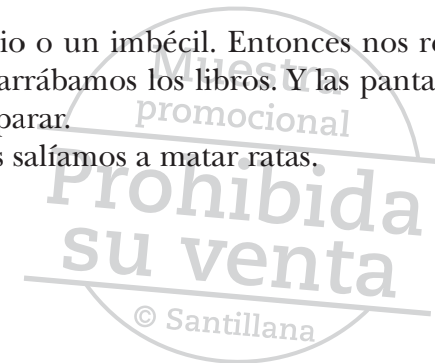
El asunto más grave que teníamos para resolver era el frío. No solo el Universo se estaba comprimiendo, volviendo a su punto de origen. También el Sol se estaba debilitando rápidamente y en pleno verano, en cualquier parte del planeta, hacía un frío espantoso. Los casquetes polares ocupaban cada vez más terreno y ya no era extraño ver pasar desde las playas una caravana de témpanos rumbo al Ecuador.

El tema tenía que ver fundamentalmente con nosotros, los que éramos chicos o jóvenes, porque estábamos a un paso de convertirnos en la última generación de seres humanos. Bastantes líos teníamos ya con tener que controlar a las ratas, que nos llevaba buena parte del día.

Aprender, por ejemplo. ¿A quién le puede importar perderse sus buenas horas con la composición interna de los agujeros negros si mañana va a servir para maldita la cosa porque no va a haber ni composición interna, ni agujeros negros, ni Tierra, ni Universo, ni nada? Despreciables. Así nos sentíamos. Nadie nos daba bolilla porque sabían que en ese punto nuestras razones eran incontestables. ¿No quieren estudiar? No estudien. Al fin da lo mismo quedar convertido en un cubito

siendo un sabio o un imbécil. Entonces nos rebelábamos. Y agarrábamos los libros. Y las pantallas. Y leíamos sin parar.

Y después salíamos a matar ratas.



FELIPE F

Marcelo M estaba en su casa, viendo las tandas, cuando llamaron a la puerta.

—Vieja, ¿podés abrir?

—¡Estoy con la ropa!

—Mariano M, abrí la puerta que llaman.

—¡Estoy estudiando!

“¡Me cago en el mundo!”, se dijo Marcelo M mientras se levantaba con esfuerzo del sillón. “Siempre termino haciendo yo de portero”.

Abrió. Sonriendo como siempre, del lado de afuera, lo esperaba Felipe F.

—Hola, Marcelo M. Vine a buscarte para la reunión. ¿Te acordaste, no?

—Sí, hombre, pero todavía falta un montón. Entrá, están pasando la tanda de higiene.

—Yo no me pierdo nunca la de ropa. Hoy pasaron una campera hecha como para inmortales. Jamás se rompe ni se gasta.

—Ah, bárbara. Justo para nosotros, ¿eh?

—Bueno, viejo. Si todas las cosas vamos a tomarlas así.

—Está bien. No quise matarte el entusiasmo. Ahora dejame oír un poco que ya está por terminar.

La tanda de higiene tenía un espacio dedicado exclusivamente a las ratas. “Ocho horas continuas de calma. Las adormece, las tranquiliza. Al alcance de la mano un largo período para apalear sin riesgos”.

—¡Ocho horas! —casi gritó Felipe F—. Son dos horas más que el anterior. No es mala idea, ¿eh?

—Sí, así debe ser también de caro.

La voz hablaba de un cambio en la tanda. “La próxima hora, artículos de sexo”.

—Vamos —dijo Marcelo M—. Dan siempre los mismos y ya está por empezar la reunión.

—Vamos —contestó Felipe F—. No quiero llegar tarde otra vez. Además tenemos que apurarnos. Yo al menos tengo que ocuparme de las ratas de mi zona.

—Ah, ¿y nosotros no? Que yo sepa, en el grupo no hay ningún privilegiado. ¡Mamá, salgo!

Afuera hacía el frío de siempre y un poco más. Desde que se había verificado sin dudas el tema del enfriamiento progresivo, todos los días parecía bajar alguna línea el termómetro. Pero todavía era soportable. Ahora, en el cielo siempre claro, el Sol era más una intuición que una presencia. Marcelo M y Felipe F lo miraron, como siempre, con rabia.

—Estuvo millones de años allí —se quejó Marcelo M— y tenemos que ser nosotros los que estemos aquí para ver cómo se apaga.

—Bueno, algunos tenían que ser los últimos, ¿no?

Felipe F tenía un optimismo que no aceptaba ni una tímida mancha. Pero reducirlo a un

bienhumorado irredento era cometer una injusticia con él. Cuando se enteró de que su generación no vería a sus hijos corriendo de aquí para allá y molestando todo el tiempo como ellos mismos habían hecho con sus padres, se encerró en su habitación y dejó que pasaran los días para que la tristeza se hiciera parte indivisible de él. Al fin, después de su alejamiento voluntario del mundo, se dio cuenta de que, del mismo modo que tenía un hígado, ahora tenía una pena. Curiosamente, esta certeza le sirvió a Felipe F para volver más fortalecido a la gente, a su familia, a sus amigos. Sabía, y ese saber le regalaba cierto escudo contra la melancolía. Desde ese día resolvió que si ellos iban a ser los últimos tenían una obligación: ser los mejores. Marcelo M lo miró con una mezcla de admiración, envidia y afecto.

—Bueno, vamos —pudo decir.

Y empezaron a caminar hacia el punto de reunión. Los demás ya estarían allí, esperando, sentados alrededor de la Piedra.

—Esto sí que jamás podré entenderlo—. Javier J, cada vez que miraba la Piedra pensaba en un altar milagroso que les había sido concedido en lugar del futuro. En realidad, la duda de Javier J era compartida por todos, solo que muchos preferían pensar en términos más condicionales. Si estaba allí la Piedra era por algo. Y si ellos la habían descubierto también sería por alguna razón. Todo lo que había que hacer era resolver esas dos pequeñas ecuaciones. Eduardo E, uno de

los que participaba de esa línea de pensamiento, abrió la sesión.

—Creo que conviene que sigamos con lo que estábamos discutiendo la reunión pasada. Ya sabemos que una rebelión nuestra no tiene sentido. Aun en el caso de que triunfáramos, no ganaríamos nada. El principal enemigo es el Universo y enojarnos con él es una chiquilinada. Podríamos hacer nuestros últimos momentos más divertidos prohibiendo, por ejemplo, la obligación de ocuparnos de las ratas pero un plan así es indigno de nosotros. Ahora bien, tenemos la Piedra. Y somos los únicos que sabemos dónde está. Me parece que hay que hacer valer esa carta de alguna manera.

—Había un grupo —tomó la palabra Sixto S— que estaba encargado de averiguar por qué la Piedra da tanto calor y si existen otros lugares así en el mundo. ¿Se sabe algo de esas cosas?

Eduardo E volvió a hablar.

—Yo hablé con varios amigos en otras ciudades. Me aseguraron que ellos no tienen nada parecido y que además hace cada vez más frío. Eso no pasa con la Piedra. Hace seis meses este lugar estaba veinte grados más caliente que mi casa. Hoy está veintitrés. Mi casa está más fría pero la Piedra no.

—El porqué de esto es difícil explicarlo —interrumpió Marcelo M—. No podemos ir a ver a un científico y preguntarle así nomás por qué hay en el mundo un lugar de doce metros cuadrados que no se está enfriando. Podrían sospechar y perderíamos todo. Acuérdense que lo que tiene que ver con calefacción está prohibido.

—¿Pero entonces —preguntó Silvia S—, si no lo podemos informar y tampoco va a evitar que nos congelemos con el resto, para qué nos sirve?

—Para eso estamos hablando —respondió Eduardo E de mal modo. Marcelo M no quería saber nada de discusiones ese día y paró todo antes que empezara.

—Tampoco sabemos cómo se va a comportar la Piedra cuando la cosa allá afuera empeore, Silvia S. Si mantiene el calor de ahora, esta cueva podría servirnos. No sé. Aunque sea para ver cómo se apaga el Sol.

Felipe F había permanecido callado mientras los demás hablaban. Pero de pronto sintió que tenía que hacerse oír.

—Un legado —dijo.

—¿Cómo?, ¿qué? —preguntaron varios. Marcelo M lo miraba y sonreía.

—Eso, un legado —continuó—. Silvia S tiene razón. ¿De qué nos sirve una cosa que no podemos comunicar ni usar en nuestro provecho? Ustedes no entienden. ¿Para qué puede ser necesario un pequeño punto de calor en una Tierra que se congela? Solo para una cosa. Nadie sabe muy bien qué va a pasar después que el hielo invada todo. Tal vez llegue un momento en que se retire, tal vez no. No lo sabemos. Pero sí sabemos que tenemos un lugar que puede decirle al futuro cómo éramos, si es que hay algún futuro. Nosotros tenemos una certeza: vamos a ser los últimos hijos. Y yo digo: quién sabe. Usemos este lugar para guardar lo mejor de lo que fuimos y que el tiempo diga lo demás.

—Pero Felipe F —intervino Rogelio R—, si queremos que algo perdure no hay nada mejor que el frío. Enterramos algo en la nieve y allí seguirá estando si alguna vez hay alguien para descubrirlo.

—No, Rogelio R —contestó Felipe F—. Hay una cosa que el frío no conserva y que este calor sí.

—¿Cuál? —preguntaron todos, menos Marcelo M que ahora tenía los ojos clavados en el piso. Felipe F miró a cada uno de sus amigos, como preguntándose si estaban preparados para oír su respuesta. Y pensó que sí, que si ellos habían encontrado la Piedra era porque Ella, de alguna manera, los había elegido. Y él no era quién para ir contra las decisiones de la Piedra. Miró al techo de la caverna buscando más señales que confirmaran su intuición y al fin habló.

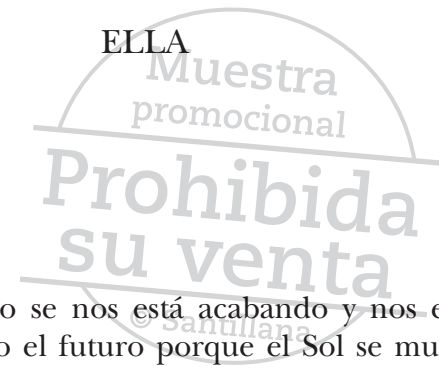
—La vida —dijo.

ÉL

Ya pasaron varios días de la reunión y todavía estoy helado, como los días que estamos viviendo. Cuando Felipe F dijo lo que dijo miré a la Piedra y sentí furia por haberla encontrado. Pero en seguida supe que sabíamos. Sí. Supe que sabíamos. Todos, en estas horas, sabemos que sabemos. La Piedra está allí, nosotros acá y nos necesitamos.

Recuerdo cuando salió la ley que obligaba a los chicos de catorce a dieciocho años a dedicarle cuatro horas por día a combatir a las ratas. Entonces me pareció mal porque me quitaba tiempo. Hoy sé que además es injusto. El de las ratas es casi el único riesgo que hay y tenemos que enfrentarlo nosotros, que no tenemos tiempo que perder sencillamente porque no tenemos tiempo. ¿A alguien le importó? A nadie. Y desde ese día andamos de aquí para allá corriendo a las ratas con los productos que nos dan para que los demás puedan vivir tranquilos. Pero pudimos vengarnos. De alguna manera pudimos vengarnos. Porque fue persiguiendo a una rata que nos metimos sin querer en la caverna y encontramos la Piedra.

Ahora quizá no seremos los condenados. Quizá sí, pero quizá no. Es la primera vez que digo quizás en mi vida. Y me gusta.



El mundo se nos está acabando y nos está robando el futuro porque el Sol se muere de a poco. Hace rato que prohibieron usar la calefacción porque ya no sirve para nada, con un Sol que se va yendo, y nos dejaron solo cuatro minutos diarios por familia de agua caliente. Entonces nos quedaron los abrigos. Y no están mal. En general no están mal. El único problema es que son un poco incómodos cuando tenemos que correr a las ratas. Pero no es eso lo que me da rabia. Si la calefacción no sirve, no sirve y punto. Si los abrigos son incómodos, son incómodos. A mí me da rabia, o tristeza, o una mezcla de las dos haber sido elegida para tantas cosas. El Sol decidió ubicarse en su punto crítico de enfriamiento cuando yo dejaba de ser niña, la ley sobre las ratas apareció cuando yo tenía quince años y la Piedra me ordenó descubrirla una tarde, cuando hacía mi trabajo de perseguidora. ¿Y yo? ¿No puedo decirle al Sol que sus rayos me importan exactamente lo mismo que las ratas que acorralo, a las ratas que bien podrían ocupar la ciudad si de mí dependiera y a la Piedra que haga con su calor egoísta de doce metros cuadrados lo que más le guste? ¿Qué tengo que ver yo con el Universo? ¿Nunca voy a poder